

CAPITULO IV

Del libro: Historia de un Síndrome de Asperger de Aurora Garrigós (2009)



SUMIDOS EN LA OSCURIDAD

Tenía once años y su agresividad seguía creciendo a la vez que su tamaño. Habíamos conseguido poco a poco encauzar sus arrebatos de ira a un solo lugar de la casa, su habitación, espacio que nos hacía pensar que tal vez le ayudaría a reprimirse por estar rodeado de sus cosas. Pero lejos de eso, era capaz de rallar las paredes, pintarlas, picarlas y destrozar cada juguete o aparato sin mirar si le tenía estima o no en los momentos de frustración. Hasta la Play Station que tuvo una vez, aparato por el que sentía delirio, término siendo víctima de sus destrozos. Se volvía incontrolable desatando su furia por las cosas más tontas. Simplemente el hecho de decirle que no a algo, le sacaba de quicio de una forma tan extrema, que para nosotros era muy difícil encauzarlo de nuevo por más que lo intentásemos. A la edad de doce años, más o menos, le volvimos a arreglar su habitación. Por enésima vez. Su padre arregló los agujeros y la pintamos, le colocamos una cenefa de coches de carreras por todo el contorno de la pared, le pintamos los muebles para hacer desaparecer algunas rayas imborrables y se le quedó preciosa. Él estaba muy contento con su nueva habitación, ¡como cada vez que se la arreglábamos! y durante un tiempo no la tomo con ella. Al cabo de pocos meses, en uno de aquellos arrebatos de ira que traía del colegio y del que nunca supe el motivo, decidió tomarla con la cenefa de su nueva habitación, cortando un trozo y dividiéndolo en numerosos trocitos. Al ver su intención le explique que se diera cuenta de lo a gusto que estaba en su cuarto desde que se la habíamos vuelto a arreglar y de que tenía que cuidarla para tenerla siempre así, intentando hacerle entender que lo que estaba haciendo era incorrecto. Aquello logró calmarlo y como pudimos recompusimos la cenefa que al ser adhesiva quedo casi igual. Al cabo de unos días volvió a casa con el mismo mal humor. Yo estaba preparando la comida y quiso que le ayude a arreglar un aparato de radio que había roto unos días atrás en otro de sus arrebatos. Al decirle que en ese momento no podía, se puso tan furioso que la volvió a coger con el adorno de coches que bordeaba su cuarto, pero esta vez no hubo explicación que lo convenciera. Comenzó a seccionar trozos y me llamó para que viera su hazaña. En aquel momento controlé como pude mi reacción e intenté hacerle entender de nuevo. Entonces se puso a esparcir lo trocitos de la cenefa rota por toda la pared echando pestes por la boca y desafiándome descaradamente. Cogí aire intentando calmarme y me fui hacia la cocina preguntándome ¿Qué puñetas se suponía que debía hacer yo en aquella situación? ¿Ignorarlo?... ¡no era una simple rabieta, estaba destrozando una cosa! ¿Explicarle?... Me había esforzado en explicarle y no había servido para nada. ¿Castigarlo?... sabía que el castigo nos enfrascaría en una larga y cruenta batalla sin obtener los resultados esperados. Y lo veía como una especie de monstruito que me ponía a prueba una y otra vez. Tenía que hacer algo, ¿pero ¿qué?, quería que parara de hacer aquellas cosas sin ponerme a gritarle como tantas otras veces. Intenté calmarme antes de reaccionar. En ese momento se me ocurrió. Fui a su cuarto y él seguía haciendo lo mismo. Entonces, tranquila, pero con una mezcla de orgullo y saturación le dije:

—¡No, no! espera que yo te ayudo.

Enganché la cenefa que le quedaba y la arranqué de un tirón, lanzando a la basura las diez mil pesetas (60€) que apenas tres meses antes me había gastado. Por lo visto no esperaba mi reacción, seguramente equivocada, pero aquello consiguió frenarlo y se puso a llorar, algo poco habitual en él, ya que sus reacciones siempre eran mucho más bruscas y agresivas. Lo peor fue que mi arranque no consiguió eliminar sus negativas costumbres pues, a lo largo de aquel año fue destruyendo de nuevo su cuarto; volvían las pintadas en las paredes, los agujeros, la puerta del ropero destrozada a patadas y cada objeto destruido de un golpe. Hartos de todo eso, un día sacamos cuanto había en su habitación, dejándole únicamente la cama. No tenía cortinas, no tenía cuadros, ni muebles, e intentamos explicarle, de la única manera que sabíamos, pues nada sabíamos de sus características, que si no cuidaba las cosas, tendría únicamente lo justo y necesario, que en este caso era su cama. Esta situación duró bastante más de un año, donde entrar a su habitación era realmente deprimente. Como no había objetos, la pared

y el ropero fueron los que peor parte llevaron y si hasta entonces hacía agujeros en la pared, a partir de aquel momento los agujeros se convertirían en verdaderos socavones.

Puede que haya padres que piensen que con unos azotes a tiempo hubiesen terminado ellos con aquellos problemas. Pero yo sabía que esa medida no daba resultados con él, pues eso ya lo había probado en más de una ocasión, comprobando que no servía para nada. ¡No aprendía de los errores! O nuestra forma de dar las órdenes era indescifrable para él y le sumía en una continua confusión sin que nos hiciésemos conscientes, o, tal vez, seguía sin aprender por su tremenda perseverancia, repitiendo una y otra vez los mismos errores. Físicamente siempre ha sido duro como una roca (*algo común en los niños con Asperger*) y en vista de que a la más mínima contradicción nos sumíamos en una tremenda batalla hubiésemos tenido que estar dándole un azote tras otro desde por la mañana hasta por la noche. Algo que no hubiésemos podido soportar.

Cuando tenía trece años, consentimos en darle Rubifen (*Metilfenidato*) para aquella impulsividad que le gobernaba. Empezábamos a estar acobardados. Pero el efecto de la medicina lo pasaba en el instituto donde normalmente se controlaba de forma natural, y donde, por ignorar sus dificultades, no se le trataba como a un chico con Asperger, por tanto, el resultado que le producía en cuanto a prestar más atención, no se podía aprovechar adecuadamente. Cuando llegaba a casa, después de cinco horas, el sosiego que le producía la medicación brillaba por su ausencia y muchas veces llegaba como un torito de Miura buscando a quien embestir.

La segunda y última toma se la daba después de comer y a veces tardaba más de una hora en calmarse un poco. Dependía, por lo visto, del día y de la alteración con la que llegaba. Sobre las seis de la tarde su bonanza tocaba a su fin. Y era a partir de entonces cuando nuestra casa se convertía de nuevo en una condenación, ya que las horas posteriores al efecto de las tomas eran las más insufribles. Tal vez por el efecto rebote o por el hecho de haber podido disfrutar, durante dos o tres horas, de aquel hijo del que no solíamos disfrutar desde que era un bebe.

Como contraindicación le dolía mucho la cabeza y comía mucho menos, además de quejarse también de dolor de estómago.

* * *

En el instituto, cada día salía mordeándose la manga de su jersey o un trozo de correa de su mochila. La ansiedad le desbordaba. Había muchos chicos y chicas adolescentes de otro colegio del pueblo con quienes no había crecido, que no le aceptaban, como lo hacían sus antiguos compañeros, y se metían con él más de lo que estaba acostumbrado a soportar. Su mejor y único amigo hasta entonces le había abandonado en aquella época, y se veía completamente solo ante un mundo distinto al que le era conocido. A pesar de eso tuvo la suerte de contar con la protección del sobrino de una amiga mía. Este chico era un año mayor que Ian, y mi amiga le pidió que protegiera a mi hijo ante los chicos que quisieran hacerle daño. Él pertenecía a un grupo bastante conflictivo y de eso me enteré después, por los comentarios de algunos hijos de personas conocidas que también iban al instituto. También supe que su recién defensor había sido el primero en llamarle *pirao* y hacerle rabiar cada vez que veía a mi hijo por la calle. Sin embargo, la acertada intercesión de esta amiga consiguió librarle de algunas situaciones de conflicto y lo apartó de las burlas del insubordinado grupo de éste, independientemente de que él siguiera llamándole *pirao* y burlándose de Ian siempre que le venía en gana. A pesar de eso siempre agradeceré la acertada intervención de mi amiga, ya que, gracias a eso, nuestro hijo, posiblemente, se librara de un calvario mucho peor.

Las clases en el instituto fueron más de lo mismo. Profesores que se esforzaban en ayudarle, sin conocer sus verdaderas dificultades. Repitiendo las mismas enseñanzas una y otra vez. A esas alturas, las lagunas de aprendizaje de mi hijo eran ya un profundo y complejo océano que atravesar. En las clases de educación especial era tratado como un niño más pequeño de la edad que tenía, y esto lo observaba cuando hablaba con su pt, por la forma en que me explicaba lo que hablaba con mi hijo y por las notas que apuntaba en la agenda donde nos comunicábamos. Se basaba en el único diagnóstico al que habían llegado por las pruebas realizadas, que era el de retraso, por lo que le dejaba pintar los dibujitos de las fichas que le fotocopiaban, etc. Mientras, las horas de las clases ordinarias las pasaba rellenando hojas sin orden ni sentido, donde copiaba sin cesar apartados de los

libros, o hacía dibujos libres o escribía la manía de turno que, en aquel tiempo, eran las canciones de sus cantantes preferidos.

Sus profesores no conseguían llegar hasta él. Desconocían sus verdaderas dificultades, por tanto sus esfuerzos se quedaban en nada al igual que pasaba en casa. Nadie tenía las instrucciones que él verdaderamente necesitaba para ayudarlo a avanzar, convirtiéndose el instituto en una continuación del colegio. Vivía rodeado de cariño y sobreprotección en las clases de educación especial, y si bien esto reconfortaba a mi hijo en aquella especie de tortura que era para él la sociedad estudiantil, le faltaba lo más importante; el hecho de poder avanzar y sentirse bien con él mismo por esos avances.

Hasta entonces todavía no nos habían dado un diagnóstico que nos convenciera y seguíamos acudiendo a las consultas de un psicólogo tras otro, contando sus arrebatos de ira y su extraña forma de actuar, pero estos psicólogos, fueran particulares o no, tampoco nos daban pautas a seguir tras aquellos comentarios, ¿Cómo iban a hacerlo? Si no sabían lo que estaba pasando y yo escuchaba con una sonrisa en los labios las explicaciones que me daban del trabajo que realizaban cada trimestre con mi hijo. ¿Qué iba a decir? Era consciente del esfuerzo, sin resultados, pero esfuerzo al fin y al cabo, mientras que la falta de efectividad de aquel trabajo que realizaban con él, seguían atribuyéndola a un retraso mental severo. Aquel diagnóstico, particularmente, continuaba sin encajarme debido a esas aptitudes que seguía observando en mi hijo, aunque en menor medida conforme pasaban los años. Por otro lado, no terminaba de entender por qué su retraso se convertía en un estancamiento en los temas académicos, pues la palabra retraso para mí implicaba, entre otras cosas, ir más lento y retrasado en el aprendizaje; y él no estaba retrasado; sino estacionado por completo año tras año en primero y segundo de primaria sin, ni si quiera acabar de aprender esos cursos.

Si alguien no confía en la capacidad de otra persona para progresar, difícilmente le podrá ayudar a avanzar por mucho que se esfuerce y, en el colegio como en el instituto, nadie creyó nunca que mi hijo pudiera hacer más de lo que hacía. Tal vez los resultados de las pruebas de CI tenían bastante responsabilidad en aquella creencia. A pesar de que los psicólogos suelen comentar que esas pruebas de inteligencia no son determinantes para ellos y que solamente les sirven para tener una idea de donde están los puntos débiles del alumno; bajo mi experiencia personal, creo que estas pruebas pesan demasiado en la mente de algunos profesionales y que, posiblemente, haya ocasiones en las que utilizar este tipo de pruebas, más que una ayuda, pueden dar lugar a convertir la vida de un niño en una pesadilla.

Por suerte en el congreso que hubo en Barcelona en el 2007 para síndrome de Asperger, hablaron mucho sobre este tema. Al parecer habían descubierto que el WISC no era un test adecuado para descubrir la inteligencia de las personas con este tipo de características ya que habían podido comprobar en Aspergers con demostrada inteligencia que los resultados que les salían tras efectuar este test eran muy bajos. Por lo que se reiteró varias veces en esta nueva conclusión. Desde un principio, en el colegio, mi hijo fue etiquetado por el resultado que obtenía en estas pruebas de CI. Esta deducción, probablemente, fue lo que les hizo pensar, a profesores y psicólogos que las dificultades con las que se encontraban para llegar hasta él eran debidas a la baja puntuación que conseguía en ellas. Por fortuna, con el paso de los años, se irían observando algunas contradicciones en estas mediciones. Aunque a aquellas alturas ya nadie reparó, o quiso reparar en esas extrañas divergencias.

Hasta entonces, ningún psicólogo de los consultados sintió curiosidad por descubrir el porqué de aquellas discordancias. Solamente M^a José les prestó la atención que merecían. Por su forma de escribir, a mi hijo lo habían puesto en más de una ocasión como ejemplo ante sus compañeros en los últimos cursos de primaria. Ya que en comparación a los demás niños escribía muy bien y con pocas faltas de ortografía, algo que según los resultados que le salían en el WISC no era posible que hiciera. Otra curiosidad, era que según este test solamente podía leer 58 letras por minuto, mientras en mecanografía escribía 155 pulsaciones por minuto, lo que demostraba que no era cierto el resultado que alcanzaba en el WISC y dejaba claro que mentalmente leía bastante más rápido que verbalmente, algo que yo había podido observar en más de una ocasión trabajando con él, pero que nadie creía tras mis comentarios. También, estaba el hecho curioso de la capacidad que tiene para manejar el ordenador o navegar por Internet, al igual que esa habilidad que no se de dónde saca para manejar el móvil, Mp3 etc. Pues lo hace a velocidad de vértigo, consiguiendo sacarles el partido que necesita. Sobre todo, para lo que le interesa; Con los juegos de ordenador tampoco tiene problemas. Algunas veces, y en según qué cosas, con una explicación

le basta. Como cuando le expliqué cómo se programaba el video para grabar, nombrándole a él encargado de grabarme un programa de televisión que emitían todos los días y que me gustaba ver por las noches. Otras veces no necesita ni eso. Comienza a manejarlo y al rato ha conseguido su objetivo sin ninguna ayuda. Algo que tampoco podría hacer si tuviese realmente el CI que indican dichas pruebas. Todas estas observaciones, hicieron que M^a José valorara con muchísima cautela los resultados que se obtenían en el test y prestara más atención a aquella actitud con claras características Asperger.

Gracias a esa aguda intuición que la caracteriza y que es la responsable, junto con su gran profesionalidad, de que esté en estos momentos escribiendo este libro; es que ahora se me concede la oportunidad de poder ayudar, de alguna manera, a otros padres que, como nosotros, no encontraron o no encuentran el camino que les ayude a llegar hasta sus hijos con trastorno en el desarrollo, y esta oportunidad, sin duda, se la debo por completo a ella.

Como he comentado en más de una ocasión, su vida escolar durante los últimos años había consistido en repetir, día tras día, fichas fotocopiadas en su mayoría de sumas y restas de 1^a y 2^a de primaria, otras de lengua y en menor cantidad de conocimiento del medio, sin conseguir que lo hiciera de forma correcta y autónoma. Mientras que en casa le había hecho sumar solo y eficientemente a la edad de seis años. Y esto no solamente ocurrió entonces, sino que también pasó en su último año de primaria. Durante las vacaciones de navidad y con el estímulo de la Play Station que le trajo Papa Noel. Aparato que le causó la motivación suficiente como para que se esforzara, ya que antes de jugar tenía que terminar los trabajos que hacía en el colegio pero sin ayuda. Pues estaba convencida de que podía hacerlo solo. Entonces, él me lo demostraba sin ningún esfuerzo. Se metía en su cuarto y salía cuando terminaba los ejercicios perfectamente elaborados. En el colegio esto seguía sin suceder, por lo que tenía a su lado un profesor de apoyo muy a menudo para ayudarle.

A pesar de los nulos resultados que tenían mis observaciones, cuando las comentaba con sus profesores, psicólogos etc. todavía no había perdido la esperanza de que, algún día, alguien me escuchara. Decidí comentárselo al tutor que tenía entonces al empezar de nuevo las clases. Por suerte aquel profesor se había dado cuenta que cuando Ian no tenía al maestro de apoyo, apuraba hasta el final sin hacer nada, no se esforzaba hasta que no había algo que le motivara lo suficiente para hacerlo, como era, por ejemplo, el hecho de que se acercara la hora de irse a casa, cosa que no se le permitía si no terminaba el trabajo; era entonces cuando de una manera resuelta y positiva concluía lo que durante una hora no había querido hacer, hablando por supuesto, de su adaptación curricular. Tal vez estaba demasiado acostumbrado a tener a su lado un maestro de apoyo que le solucionaba la papeleta sin esfuerzo por su parte.

Por otro lado, en casa, había conseguido que aprendiera a buscar en un libro, de manera autónoma, las contestaciones a una serie de preguntas que le ponía a modo de ejercicio sobre algún tema, logrando acertar el noventa por cien de respuestas. Llegaba a mantenerse cerca de una hora sin levantar la cabeza del libro y del cuaderno. Es cierto que el enunciado de la pregunta tenía que tener relación con el punto del libro en donde tenía que buscar y esto tiene ahora su explicación; ya que las personas con síndrome de Asperger son muy literales, por lo que es muy importante que los profesores conozcan, o entiendan sus características para poder acoplar, mediante un lenguaje entendible para ellos, las preguntas de los exámenes o ejercicios; ya que si no es así, muchos no contestan las preguntas, ganándose de esta manera un suspenso, cuando en realidad saben perfectamente la respuesta. Un enunciado que diga observa y señala la respuesta adecuada, hace que un chico con Asperger observe y señale con un dedo la respuesta sin escribirla. Suelen seguir la instrucción al pie de la letra por lo que, si no se les indica que escriban, muchos de ellos no lo harán. Y esto es necesario que los profesores que tienen un chico/a Asperger en su clase lo sepa, para poder ayudarles en los exámenes y ejercicios como verdaderamente necesitan.

El hecho de que mi hijo lograra mantenerse atento a un tema del libro durante tanto rato, a pesar de su dispersa atención, mientras buscaba las respuestas adecuadas para las preguntas que le había preparado en una hoja; no tenía valor para los profesores, que observaban las dificultades que tenía cuando se le cambiaba la formulación de dichas preguntas, ya que entonces no sabía dónde buscar las respuestas. Pero a pesar de la opinión de sus educadores, yo me sentía feliz por aquel logro que a mí me parecía importante, pues autónomamente nunca antes había mantenido durante tanto tiempo la atención en algo, y mucho menos había podido contestar adecuadamente a las preguntas.

Como he comentado antes, al año siguiente, en el instituto, pasaría casi siempre las horas de clase ordinaria copiando algo de algún libro, haciendo dibujos etc. Pues cada vez que le daban una hoja con preguntas sobre algún tema, Ian contestaba cosas incoherentes.

La falta de conocimiento, en cuanto a sus verdaderas dificultades les impedía adaptar las preguntas de manera que le fueran entendibles. Solamente una profesora de Ciencias Naturales del instituto, se esforzó en hacerle fichas a mano, única y exclusivamente para él, sobre temas que daba para el resto de la clase, logrando encontrar el punto de su entendimiento alguna vez, hasta conseguir que sus contestaciones coincidieran con las preguntas. Desde este texto le agradezco de todo corazón su esfuerzo, pues me parece admirable la dedicación que tuvo con mi hijo.

En vista de que creía que le faltaba motivación y de que incluso el tutor de 6º de primaria me lo estaba corroborado de alguna manera, le pedí que le apretara más. Era mi hijo, y a pesar de que no entendía el porqué de sus reacciones, las conocía perfectamente y sabía que si no se le exigía esfuerzo, por él mismo no se iba a esforzar; pero la filosofía del profesor era la de estimular a los chicos para que ellos mismos desarrollaran las ganas de esforzarse. Y esta ética me parece la mejor que pueda tener un profesor. El problema estaba en que, a menudo, esos estímulos tienen mucho que ver con recompensas o reconocimientos sociales que para un chico con Asperger carecen de valor; por tanto, en él, el efecto no sería el esperado como el tiempo manifestó.

A pesar de esto, hago aquí otra mención especial a la valía de este profesor y le agradezco muchísimo todo el empeño que puso con nuestro hijo, ya que se atrevió a realizar lo que otros maestros se negaron a hacer; llevárselo de excursión. Posiblemente nunca olvidará aquel evento, pues le llevó, al menos una hora, conseguir que Ian superase el miedo que le producía subir a una barca que entraba dentro de las actividades y a la que era preciso subir por el itinerario de la excursión, también quiero agradecerle el hecho de que lo integrara en el grupo de teatro de la clase, consiguiendo que participara en una obra en el Centro Cultural.

Hacia el final de esta etapa, mi frustración era ya demasiado grande como para poder digerirla por lo que, en un arranque de inconformismo, cansada de ser la mamá sonriente y resignada, saqué a Ian del colegio durante unas semanas. Cogí libros de 3ª de primaria para darle clases en casa, un curso más avanzado de lo que había estudiado siempre, pues estaba convencida de que le faltaba el estímulo de adquirir conocimientos nuevos o cosas distintas que tuviesen la fuerza de captar su atención. Le expliqué la descomposición de números y la tabla de los números romanos etc. Aquellas clases le gustaban, y pasamos unas semanas increíbles, donde incluso, ¡él solo! se metía en su cuarto para estudiar la lección que habíamos repasado. Le preparaba exámenes de cada lección, a los que respondía con entusiasmo, pues en el colegio, al igual que después en el instituto, a excepción de una profesora de inglés, y de la profesora de ciencias naturales, nadie evaluó nunca sus trabajos con este tipo de pruebas. Fue en esas ocasiones, dándole clase en casa, donde pude observar más de una vez que su lectura mental era más rápida que la verbal. A pesar de esa falta de credibilidad que tenía mi observación las veces que la comentaba al gremio profesional; el tiempo tuvo la gentileza de conceder un respiro a mi teoría, gracias a las pruebas de cronometración que le hizo Mª Carmen, su profesora particular de mecanografía, quien también se merece una enorme mención de agradecimiento por mi parte, pues, además de darle las clases de mecanografía altruistamente, tuvo la santa paciencia de sentarse a su lado durante tres meses, controlando la posición de sus manos, hasta que consiguió hacerle aprender. Algo que no hace todo el mundo.

* * *

A pesar de todo lo positivo observado en cuanto a las clases en casa, los profesionales insistían en hacerme creer que no era conveniente que una madre ejerciera de maestra con su hijo, y aquellas opiniones me sumían en una terrible confusión, que se sumaba a la aplastante situación de impotencia y soledad que sentía. Yo era la persona que más podía llegar hasta él para ayudarlo a aprender ¡Lo había observado en innumerables ocasiones! Sin embargo, los problemas para generalizar sus aprendizajes le impedían demostrar las cosas que aprendía conmigo, y esto no sabía cómo manejarlo. Nadie excepto yo, creía que mi hijo pudiese llegar más allá de donde había llegado. Tuve muchos momentos de abatimiento, donde me imbuía en un análisis exhaustivo de mis sentimientos intentando descubrir qué era lo que me motivaba a seguir actuando contra toda lógica. ¿Sería cierto

que no quería aceptar en él un retraso mental? A veces intentaba convencerme a mí misma de que no era posible que todo el mundo se equivocase. De aquellas incertidumbres, surgía la conclusión de que estaba claro que era yo quien no quería ver la realidad. Entonces, cuando ya casi me había convencido a mí misma, de que la ofuscación estaba de mi lado, volvía a surgir aquel intenso sentimiento que me impulsaba a seguir adelante.

En aquel momento no podía entender de dónde y porqué surgía aquella disposición interior que me inducía a hacer oídos sordos a todo y a todos, arrastrándome con tanta fuerza que me era imposible rehusar. Ahora, pienso que tal vez aquella obstinación era la respuesta a mis muchas plegarias, esas en las que insistentemente pedía la indicación del camino acertado. Y ese profundo ímpetu, producía en mí la seguridad de que algún día tropezaría con el alivio de todas mis penas, logrando encontrar el ansiado camino.

¿Pero cómo iba a ser posible? Si apenas unas pocas personas habían comenzado a andar por aquel sendero que en su día descubriera Hans Asperger. Había que esperar a que ese camino empezase a explorarse mucho más, para que llegara a convertirse en una realidad. Mientras tanto, una fe ciega, inexplicable, seguía empujándome hacia la búsqueda obsesiva de respuestas.

La falta de apoyo y las duras circunstancias que vivíamos en casa, continuamente, se convertirían en un escalón demasiado empinado de subir a aquellas alturas de nuestra vida, amenazando con hacerme desistir del propósito de darle clases en casa. Entonces, completamente perdida, volvía a pedir a Dios la inspiración que me ayudara a entender cuál era la mejor opción a seguir. Me daba cuenta, que al igual que había cosas a mi favor para poder ayudar a mi hijo en ese menester, también había otras en contra. Tenía algunas ventajas sobre sus profesores, por el hecho de conocer bien sus reacciones, sus gustos y aficiones, por confiar en su capacidad de superación, pues creo que eso es inherente en cualquier ser humano, independientemente de sus dificultades, de su CI, o de cualquier otra cosa. También podía tener a mano los estímulos que él necesitaba y que por supuesto no eran aceptables en el aula; pero me daba cuenta de lo que me faltaba. En primer lugar, y principalmente, conocer sus verdaderas dificultades para saber exactamente cómo necesitaba que se le explicaran las cosas. Sin esto estaba tan perdida como los profesionales que habían trabajado hasta entonces con él. Por otro lado, no tenía nociones de docencia para darle clase, y él había adquirido una gran habilidad para manipular mis emociones; sabiendo perfectamente de qué manera llevarme al límite; siendo éste el verdadero motivo que me hizo desistir. Muchos de los momentos de tensión por otras cuestiones, conforme iban pasando los días, eran arrastrados a esas clases; creando en él una resistencia y rigidez extrema y estableciendo en mí un desasosiego y ansiedad difíciles de asimilar.

Volvió de nuevo al colegio y mi renuncia para seguir enseñándole en casa causó en mi hijo una gran decepción, que me transmitió su mirada después de escuchar una conversación que mantuve con el director del centro de primaria, mientras él permanecía en la habitación contigua.

Ahora, tras trabajar estos dos últimos años con él de la manera que verdaderamente necesita, y que hemos aprendido gracias a M^a José, sé que esos inconvenientes se hubiesen subsanado, únicamente, conociendo a tiempo sus dificultades, pero de haberlas conocido en su momento, también estoy segura de que muchos de los profesores que trabajaron con él hubiesen sabido sacar partido a dicha información. Pues tuvo la suerte de encontrar muy buenos profesionales en el ámbito de la enseñanza, a pesar de que no lograran ayudarle como necesitaba. Y esto es algo que me parece justo reconocer, ya que nadie como yo para saber que no era fácil llegar hasta él sin el conocimiento adecuado.

Creo que toda esta experiencia ha sido un cúmulo de circunstancias que se nos escapaban de las manos a padres y educadores; y es por eso que, a pesar de los errores que se hayan cometido, también ha habido cosas positivas que merece la pena destacar y agradecer.

* * *

Un par de años después, en el instituto, una profesora de matemáticas le había preparado una serie de fichas fotocopiadas de los ejercicios que solía hacer sobre esta asignatura, con la intención de que trabajara en casa los meses de verano. Pero él nunca encontraba el momento de hacerlos, hasta que le busqué una profesora particular

para que le ayudara. Sabía que si le obligaba a hacer en casa aquellas sumas tendría que enfrentarme a él y esas circunstancias, debido ya a su edad y tamaño, procuraba evitarlas como no fuera estrictamente necesario. El hecho de tener un hijo con estas características, en las que no suele contar lo que le pasa o necesita, sobre todo en la infancia, a menudo nos hace agudizar la intuición a los padres a lo largo de los años, adivinando, muchas veces sus necesidades, incluso sin que nos las lleguen a comunicar, y yo sentía que aquellas fichas fotocopiadas, grises y monótonas, tan solo creaban en él una gran desgana. Un día en que fui a la librería, vi los libros que sacan las editoriales para que los niños repasen en vacaciones. Sabía que el hecho de tener un libro, cosa que apenas había podido disfrutar, en lugar de las fotocopias, le motivaría lo suficiente para hacerle trabajar. Compré el de 1º y 2º nivel de primaria. Allí había matemáticas, lengua, y conocimiento del medio; podía repasar de todo un poco y disfrutar más con un temario más amplio. Aquellos libros espolearon su motivación y los realizaba con tanto entusiasmo, que llego a hacer hasta el quinto nivel de primaria con la ayuda de la profesora particular. Lo más sorprendente, fue el comentario que me hizo ésta, cuando comenzaron a trabajar con el libro de tercero de primaria, al comprobar que Ian conocía la descomposición de números y los números romanos. Dos años después de habérselo explicado en casa ¡todavía lo recordaba! ¿Cómo podía recordar dos años después unos temas de matemáticas de tercer nivel de primaria y le era imposible aprender 1º y 2º habiendo hecho durante tantos años única y exclusivamente eso?

Aquello, solo podía confirmarme que el nombre del mayor problema que aquejaba a mi hijo, desde hacía años en sus estudios, no era otro que: desmotivación. Y esa apatía se unía a la falta de entendimiento del lenguaje que era habitual a su alrededor, incomprensible para él tantas veces. Esto último todavía lo desconocíamos, y yo ya empezaba a estar demasiado cansada de batallar, no solo con él, sino también con la gente que precisaba a su alrededor por sus dificultades. Intentar que me escuchasen los gabinetes psicopedagógicos de los centros donde había estado, siempre resultó inútil. Entre otras cosas, porque él no demostraba allí lo que aprendía en casa.

La dificultad en generalizar los aprendizajes que tienen los niños con Asperger, por lo visto era entendida por los psicólogos de dichos gabinetes y no especializados en TEA, como una incapacidad de asimilar conocimientos. Por lo que se hacían inexistentes las pautas adecuadas y la necesidad de impartir éstas a los profesores de pt para que pudieran ayudarle a avanzar. Posiblemente éste fue el motivo que les hacía volver una y otra vez a las mismas enseñanzas. El hecho de que desde pequeño hubiese demostrado, esporádicamente, que sabía hacer ciertas cosas, no era suficiente, ya que necesitaban una demostración continua de sus aprendizajes y eso era algo que nuestro hijo no lograba hacer.

Al empezar de nuevo en septiembre las clases en el instituto, Ian le había llevado a su profesora de matemáticas los libros que había hecho con tanto afán y entusiasmo durante el verano, pero esto no le hizo demasiada gracia a la profesora. Escribiéndome una nota en la agenda con la que nos comunicábamos, en la que me dejaba bien claro su desacuerdo de no haber llevado hechas las diez o quince fichas fotocopiadas que ella le había preparado. ¡Le llevó cinco libros!, con variedad de temas entre los que se encontraban las matemáticas...

Yo era capaz de entender los motivos que habían contrariado tanto a la educadora. Pero estaba claro que ella no entendía las razones que me habían llevado a mí a comprarle aquellos libros a mi hijo.

* * *

Seguían pasando los días y nuestra tragedia familiar continuaba. Por lo que en aquel tiempo necesitaba de toda mi energía solo para poder frenar su agresividad, y cada vez me apetecía menos meterme en los conflictos en los que no me quedaba otra que meterme.

Un día... de tantos, le había dicho a mi hijo que al día siguiente comeríamos espaguetis, su plato preferido. El transcurso de la mañana me hizo olvidar la propuesta del día anterior, pues andaba más que estresada con todas aquellas experiencias y mis niveles de ansiedad estaban por las nubes. Eso me producía olvidos continuos, algunos de ellos tremendos; el caso es que hice otra comida distinta para medio día. ¡Madre de Dios! cuando llegó y vio que no había espaguetis para comer, blasfemaba como un poseso mientras pedía a empujones y malos modos sus espaguetis. Yo aguantaba el tirón como podía manteniéndome firme; explicándole que se me había

olvidado pero que al día siguiente se los prepararía. En vista de que no iba a comer lo que habíamos acordado el día de antes se metió hecho un energúmeno a su cuarto, cogió lo único que le quedaba en él, que era su cama por los pies, y la lanzó contra la pared ¡con tanta rabia! que el estruendo que se escuchó al volver las patas del somier al suelo retumbó en mi cabeza. Aquella impresionante reacción me dejó helada. Hacía algún tiempo que el miedo quería instalarse en mí, sobre todo cuando ocurrían situaciones incontroladas e incontrolables, en las que nos atascábamos por cosas tan tontas. Ya me superaba bastante en tamaño y envergadura y aquel temor reflejaba en mi mente una imagen totalmente desalentadora, en donde me veía soportando malos tratos físicos de mi propio hijo, al igual que escuchaba de vez en cuando en las noticias de sucesos.

Intentaba sacar aquel horror de mis pensamientos, y éstos, ante tales circunstancias, solamente me permitían ver dos únicas salidas; o me arriesgaba a recibir algún golpe por su parte o me enfrentaba a él respondiéndole si era preciso de la misma manera. Respirando profundamente cogí el valor que necesitaba y entré en su habitación con la suficiente determinación como para frenar aquella locura. De un estirón saqué el edredón, el colchón y el somier; mientras él me observó estupefacto. Cuando hube dejado todo fuera, me encaré a él con toda la fuerza de la que era capaz reflejada en mi cara, advirtiéndole que si no sabía cuidar lo único que le quedaba tendría que dormir en el suelo aquella noche y prohibiéndole salir de su cuarto aquel día. Iba preparada para la pelea, pero él me respondió con risas y burlas mientras, con mucha chulería, me decía que eso no iba a pasar.

Llegó la noche y la hora de acostarse. Estaba tan acostumbrada a aquellas situaciones que casi se me había pasado el berrinche. Pero sentía que debía ser fuerte y sostener mi palabra si quería mantener el poco respeto que me había ganado con tanto esfuerzo. Y a la vez me angustiaba la idea de que todo aquello fuera únicamente un motivo de rencor por su parte en el futuro. Le había impuesto una consecuencia en un momento de extrema tensión y, quisiera o no, lo mejor era cumplirla, por su bien y por el mío. Aquella noche él me miraba expectante esperando mi reacción. Me preguntó dónde tenía que acostarse. Muy seria cogí las mantas, edredón, cojín etc., y se lo di para que se hiciera una cama en el suelo. Sin decir palabra se la hizo y pasó la noche sin llamarme ni una sola vez. Incluso sin pesadillas.

A la mañana siguiente, le comentó a mi madre que casi no había podido dormir, que lo había pasado mal. Y le aseguró que no tiraría más a hacer puñetas su cama. Por mi parte lo único que le dije sobre el tema, cuando hablé con él por la mañana, fue que si volvía a lanzar su cama otra vez contra la pared, no sería una noche la que dormiría en el suelo sino dos. Por lo visto quería comprobar si era capaz de cumplir aquella amenaza, y al cabo de unos meses volvió a hacer lo mismo. Entonces fueron dos, las noches que tuvo que dormir como si estuviese en una acampada dentro de su habitación, algo que por lo visto no le hizo mucha gracia, ya que nunca más ha vuelto a hacer aquella barbaridad. Han sido otras las que no le pude frenar en su momento y me esforcé al máximo por actuar con él de la mejor de las maneras. Gracias a los libros que leía sobre psicología, iba aprendiendo cosas que intentaba poner en práctica y algunas de ellas fueron mejorando gracias al tesón con el que las emprendía. Pero debido a las circunstancias, nunca llegaba a tener la seguridad de que hacía lo correcto, pues era demasiado complicado entender a un niño a quien las normas sociales no hacían el mismo efecto que a los demás, que no tenía lenguaje corporal y a quien, al intentar persuadirle a nivel social, sus reacciones no tenían nada que ver con las que, según los libros, se suponía que debía tener.

A veces, los momentos de extrema tensión desataban en mí una determinación inflexible, imponiéndole unas consecuencias sacadas de contexto y demasiado drásticas que me sentía en la obligación de cumplir.

Cuántas veces he visto algún objeto amenazador en sus manos y he sacado pecho a la situación mientras mi pensamiento me repetía una y otra vez, imbuido en una encrespado mar de dudas: —si me pega con eso ¿qué hago? me aguanto y me arriesgo a que me muela a palos ¿o le planto cara contestándole al golpe?— Había veces que estas situaciones se producían cuando me esforzaba en ayudarlo porque se había hecho un corte como consecuencia de una caída en alguna parte de su cuerpo, o por algo urgente en lo que precisaba ayuda. Pero hasta en esos momentos se adueñaba de él su extremada rebeldía, impidiéndome ayudarlo como era debido. Pues a la vez que venía pidiéndome ayuda, no consentía ser curado, contestando con desprecios y movimientos bruscos con los que lograba ponerme histérica, pues veía que necesitaba pararle la sangre y él se marchaba con un respingo, malhumorado, con la herida abierta y poniéndolo todo perdido. Entonces terminaba por desistir, crispada y desesperada al ver aquella testarudez sin límites. En estas ocasiones, después de la irritación primera,

la angustia se apoderaba de mí produciéndome ¡tal impotencia! que me hundía en un llanto inconsolable. A esto, su reacción era enfadarse consigo mismo. A veces me daba algún que otro empujón pidiéndome perdón, a lo que yo, demasiado abatida no podía ni contestar. ¡Qué momentos tan amargos los vividos en mi propia casa! Parecía estar viviendo con mi peor enemigo. Y a pesar de eso, era consciente de que no me quedaba otra que seguir buscando para intentar hacer de mi vida algo que se pareciera a una vida normal. Incluso trate de manipularlo emocionalmente al ver el efecto que le producían mis lágrimas. Pero en estas cuestiones me demostraba, sobradamente, que era mucho más inteligente de lo que parecía, pues esas tácticas, fueran las que fueran, me valían para dos ocasiones a lo sumo, ya que a la que hacía tres no le producían efecto ninguno. Ni siquiera la de verme llorar pues, curiosamente, sabía perfectamente cuando lloraba de verdad y cuando lo hacía para intentar ver si paraba de hacer atrocidades.

Desgraciadamente, hubo alguna ocasión en donde llegamos a las manos. Su fuerza era ya impresionante en los momentos de frustración. Con un simple golpe podía desmembrar cosas con increíble habilidad, pero por suerte, sus actos, empujados únicamente por la impulsividad y la ira, surgían desprovistos de verdadera maldad y destreza; donde sus movimientos para defenderse eran lentos, causándole bastante miedo ver mis ojos llenos de furor cerca de los suyos. Sabía que todo eso tenía fecha de caducidad. Pues él seguía creciendo y tan solo era cuestión de tiempo que sus reacciones fuesen más fuertes y contundentes.

No hace mucho Edgar, hijo de mi amiga M^a Carmen, practicante de Aikido, un arte marcial oriental, me explicaba cómo era posible concentrar toda la energía hacia un solo objetivo, haciendo posible que un simple golpe pueda destrozar cosas que otros, más fuertes, no pueden quebrar. Esto es algo que se consigue con entrenamiento y guiado, claro está, por un buen sensei. Curiosamente esta facultad, la de concentrar su energía en un solo objetivo para destruirlo, ha sido siempre una capacidad innata en nuestro hijo, quien ha hecho saltar a trozos más de cuatro sillas y más de diez, de un único y aparentemente insignificante golpe seco. Al igual que también a partido más de un CD, a veces acabados de comprar, con la única acción de pasarlo por su pantalón, haciendo como si lo limpiara en un momento de ira. Algo que a mí me resulta del todo imposible por mucho que me esfuerce.

Afortunadamente, ese potencial no lo ejerció nunca en la calle, con los chicos que se metían de continuo con él. Su envergadura física junto con aquella inexplicable fuerza destructiva que salía de sus manos, en los momentos de cólera, eran altamente peligrosas y siempre me había impresionado e intrigado el hecho de que pudiera hacer añicos las cosas con tanta facilidad. Muchos más cuando se mostraba incapaz de dar un apretón de manos en condiciones, o golpear a alguien fuertemente si, rara vez, se encontraba de buen humor.

Eso es lo que suele pasar cuando juega conmigo a lo bruto. Juego que propició sobre los doce años y al que en un principio me presté con la única intención de explicarle la diferencia que existe entre la diversión y las agresiones y con el que intentaba enseñarle a aparentar el golpe, pero a frenar su fuerza en el momento de llegar al cuerpo para no producir daño. Cuando nos introducimos en esta especie de combate burlesco, dejo salir a la niña que, a pesar de todo y afortunadamente, todavía habita en mi interior; mientras le digo dando saltitos imitando a los boxeadores ¿Con que quieres guerra eh? En este juego siempre termina por rendirse primero:

—Vale mamá, ya vale. —Me suele decir entre risas.

Y es que, de normal, la agresividad en él no existía en absoluto. El problema radicaba en que su estado habitual estaba anormalmente alterado, lo que unido a su fuerte temperamento, a sus dificultades y a nuestra ignorancia, crearon la combinación perfecta para que apareciera aquella especie de monstruito reiteradamente.

Necesitábamos con urgencia encontrar otro método para frenar aquel carácter endemoniado que le caracterizaba. Algo distinto a los gritos y a las agresiones que empezaban a surgir entre los dos. Su padre, apenas pasaba tres horas al día con él, la de medio día, un rato antes de acostarse y poco más. Por lo que se libraba de casi todo lo que acontecía de lunes a viernes, y aun así, todavía le salpicaban cosas, en especial los fines de semana, días particularmente conflictivos pues, nuestra tendencia a descansar todo lo que podíamos dejaba un terreno más que fértil a la falta de planificación. Algo de vital importancia para controlar la ansiedad de las personas con síndrome de Asperger. Así que él campaba a sus anchas generalmente en esos días, salpicando con su caos las interminables horas de los sábados y domingos.

Cuando mi marido llegaba a casa después del trabajo y nos veía enfrascados en un conflicto, dejaba caer una irónica queja:

—¡Hala! Ya estamos. ¡Desde luego aquí da un gusto venir!

Y lo peor era que tenía razón, pero era el peor momento para expresarlo, pues si llegar a casa en esas circunstancias no era agradable, era mucho peor estar en ella peleándose durante tres horas con nuestro querido retoño. Aquellas palabras me producían una aguda mortificación, pues sentía como si me estuviera echando en cara una falta de capacidad por mi parte para conseguir mantener nuestro hogar en armonía, o como si su comentario me señalara como total responsable del ambiente emocional de los allí presentes.

Una observación que, en realidad no era para tanto, el problema estaba en mi interior y era allí, en el enredado baúl de mis emociones donde tenía que buscar si quería solucionarlo. En ese lugar justamente, fue donde descubrí el nombre de la emoción que me producía aquel pesar. Su nombre: exigencia, la misma que me imponía una y otra vez a mí misma, y como consecuencia, a los demás, en especial a mi hijo.

Yo tenía que ser una súper mamá que podía con todo sin rechistar y el hecho de aquel comentario me causaba el dolor de la verdad. Necesitaba su ayuda. Pero aquello implicaba el enfrentamiento entre él y su hijo en más ocasiones de las que hubiesen sido soportables, ya que los pocos duelos entre ellos, hasta entonces, eran bastante más crudos, y a pesar de las medidas tomadas por mi marido al respecto, tampoco lograba obtener resultados positivos. ¡Muy al contrario! ¡tenía Asperger! Y el hecho de ser amonestado constantemente, solo conseguía hacerle más y más rígido...pero ¿quién lo sabía?! Sólo intuíamos que, de los dos, por fuerza y por compartir con él más horas al día, a mí me había tocado aprender a controlar aquellas situaciones que, aunque controladas de forma inadecuada, al fin y al cabo, de momento, iban siendo controladas, pues aprender la lección no era fácil. Me había llevado años poder gobernar los pocos momentos en los que sacaba partido a mis esfuerzos. Los libros me habían aportado mucha información sobre psicología infantil, pero lo verdaderamente complicado no era asimilar información; sino que la urgencia consistía en la integración de esa información en nuestros patrones de conducta; algo mucho más complicado de conseguir que simplemente leer un libro. Y por supuesto mucho más lento, pues cambiar ciertas formas de comportamiento en uno mismo requiere, además de una verdadera intención, mucho tiempo.

Antonio no conseguía apartar sus emociones de los arrebatos de su hijo, por lo que se tomaba sus embistes como algo personal. Y para esos trances, Ian necesitaba del mayor distanciamiento emocional posible y de muchísima calma por nuestra parte, cosa que muchas veces resultaba difícil de conseguir.

Gracias a los libros y a las terapias que utilizaba, iba consiguiendo, poco a poco, cambiar actitudes en mí y sumar días en donde lograba mantenerme tranquila a pesar de sus ataques. Intentaba convencerme a mí misma de que tan solo tenía que enseñarle que sus caóticos comportamientos no eran aceptables y no se los íbamos a consentir. Pero algo tan aparentemente sencillo, en él se convertía en una verdadera odisea. Su hipersensibilidad auditiva, hecho que desconocíamos, no nos permitía subir un ápice el tono de nuestra voz, pues sus contestaciones a nuestros comentarios eran bruscas, desagradables y muchas veces iban acompañadas de agresiones verbales. Cuántas veces le despertaba haciéndole cosquillitas por la espalda, que le encanta, con el fin de tener la mañana en paz, pero en cuanto me oía decirle:

—Venga tete que es hora de levantarse.

Me contestaba con un «puta» y cosas por el estilo ¡Cuántas veces! Ahora puedo entender el porqué de todo aquello que ocurría cada mañana, y seguramente en otros muchos momentos en los que nos enfrascábamos a lo largo del día. El tono de mi voz le chirriaba en los oídos, a pesar de que era una modulación normal, pues en ningún momento gritaba para despertarlo. Hoy día, cuando subo a su cuarto por las mañanas, solo abro su ventana y salgo. Entonces no hay ningún problema. Después de que despierto a su hermana me llama para que le masajee un poco los pies. En cuanto abro la boca para decirle algo lo hago en un tono suave, pues si algún día se me olvida regular mi voz, inmediatamente me dice:

—¡No grites!

Verificando ahora, con dieciocho años, cual ha sido siempre el motivo de sus horribles despertares. Ian necesita ponerse unos taponos en los oídos cada vez que vamos al cine, y esta es una medida que no hace mucho hemos empezado a tomar. Había veces que se ponía histérico en pleno film. No entendía las frases con dobles

sentidos, los gestos y los comentarios jocosos de los protagonistas, porque nadie le había enseñado esas cosas desde pequeño. A veces, en casa sonreía cuando decíamos cosas graciosas y esto nos hacía pensar que entendía la guasa o la ironía que encerraban esas situaciones, y tampoco por entonces se le ocurría hacernos preguntas que aclararan sus dudas; por lo que la exasperación que le causaba esa falta de entendimiento junto a los cambios bruscos de sonido que se suceden a lo largo de una película, le eran insoportables, convirtiéndose en un polvorín que terminaba por explotar y amargarnos a todos los momentos de ocio, una y otra vez.

Esa hipersensibilidad auditiva hace que se despierte en plena madrugada para hacer callar a las perras vecinas, aunque los cristales de las ventanas sean gruesos y estén cerrados por ser invierno, mientras que yo tengo que esforzarme bastante para poder escuchar sus ladridos. Si los padres somos conscientes de este hecho que suele aquejar a muchas personas con síndrome de Asperger, podremos entender muchas de sus reacciones “sin sentido” y ayudarles dándoles pautas a seguir, pero si lo desconocemos, nos metemos en una batalla tras otra, en donde no existe ningún vencedor.

* * *

En los últimos años le pedía a mi marido que al llegar a casa sustituyera mi agotamiento y mis nervios por su paciencia, ya que suponía debía tenerla por el hecho de no haber soportado aquel martirio durante horas. Pero esto a veces era bastante complicado pues él había cogido la mala costumbre de traerse los problemas del trabajo a casa, con lo que ya venía sobrecargado por estos y, al llegar, las circunstancias con las que se encontraba solo servían para agrandar su saturación. Todo esto le impedía reaccionar con aguante a los conflictos que rara vez cesaban hasta que Ian se iba a dormir. Cosa que no hacía nunca a la primera, pues una vez tenía el pijama puesto salía de diez a quince veces más, hasta conseguir sacarnos de quicio. Unas veces a beber, otras a hacer pis, otras a preguntar algo, o a comentar cosas que repetía una y mil veces. Yo observaba con tristeza el cariño con cuentagotas que, con el tiempo, y cada vez en menos ocasiones, Antonio le daba a su hijo por todas aquellas situaciones. A pesar del dolor que me producía ver su actitud no podía dejar de entenderle. Todo lo acontecido había minado aquellos primeros años en donde llegaba entusiasmado por coger en brazos a su pequeño para jugar y disfrutar con él. Y podía comprender perfectamente los sentimientos negativos que embargaban a mi marido ante aquellas experiencias, porque estaba hastiada de vivirlos en primera persona, una y otra y otra vez.

Con el paso del tiempo aprendí a no exteriorizar la amargura e irritación que me embargaban tras una discusión con mi hijo. Y cuando Antonio llegaba del trabajo procuraba que todo estuviera en calma. Aquellos encontronazos se habían convertido en una desagradable costumbre que no merecía la pena exteriorizar. Tan solo se enteraba de ellos al descubrir algún objeto roto. Aunque no por eso se libraba del infierno, únicamente tenía que llegar a casa para encontrarse en él. Pues, irremediamente, en las sucesivas horas a su llegada se producían nuevas pugnas, hasta conseguir encerrarse junto a nosotros en aquel círculo vicioso en el que permanecíamos enclaustrados.

* * *

A pesar de vivir en una casa, Ian se encontraba en ella como un león enjaulado. Necesitaba más espacio para liberar aquella tremenda energía que le desbordaba y que no desfogaba por medio de ningún deporte. Decidimos ir a vivir al campo. Buscábamos alguna casa vieja o hacernos una nueva, pero esto último nos suponía un esfuerzo imposible si teníamos que comprar el terreno. Al comentárselo a los padres de Antonio, ellos se ofrecieron a ayudarnos cediéndonos un terreno que tenían y nos hicieron un pozo. Así, gracias a su generosidad, pudimos construir la casa donde vivimos ahora y por la que nos hemos empeñado hasta las cejas, con tal de encontrar el modo de vivir en paz con nuestro hijo.

No sabíamos si aquella decisión era en realidad la más adecuada, ya que siempre he sido bastante miedosa. A pesar de que la naturaleza me ha hace sentir muy bien, no era lo mismo ir al campo un rato que vivir en él, sobre todo por la noche. Debido a esta aprensión mía habíamos aparcado un coche viejo en el recinto, con el fin de ahuyentar a los supuestos ladrones que pretendieran entrar a robar; por el hecho de que, al ver el coche,

podrían pensar que había gente en la casa, disuadiéndolos de su empeño. ¡Una tontería! Pero está claro que el miedo nos hace cometer muchas. El caso es que Ian se metía en aquel coche a menudo a pasar ratos que estiraba bastante en el tiempo. Con aquello me concedía instantes considerables de tregua en donde podía descansar de sus persistentes demandas. Aunque su mayor afán seguía siendo la destrucción masiva de todo cuanto caía en sus manos y, poco a poco, aquel automóvil fue destruido de una manera que daba frío ver. Cuando al cabo de unos meses me asomé al interior del vehículo y lo vi, me quedé petrificada. Lo había destrozado por completo y esta vez no habían sido sus arrebatos de ira. Cada vez que me asomaba desde la ventana, para ver si estaba en el coche, lo veía sentado frente al volante, muy tranquilo; cantando, mirando embelesado a los pájaros etc. Pero por lo visto además de esos momentos también hubo otros en los que se dedicaba a despegar adornos del salpicadero, a sacar las gomas de las ventanillas, a romper el espejo retrovisor, a destrozar la tapicería de los asientos, a despegar los embellecedores de las puertas y todo lo que uno pueda imaginar. Incluso a quemar la cortina que había en el cristal de atrás. ¡Quemarla! Cuando vi todo aquello los pelos se me pusieron como escarpas. El interior de aquel automóvil se había convertido en un verdadero estercolero, además de un lugar muy peligroso; estaba lleno de cristales, hierros de punta etc., ¿Quién lo hubiese imaginado? Me quedé horrorizada y le prohibí que volviera a entrar en él, pidiéndole a mi marido que se lo llevara cuanto antes de allí. Hasta el momento de llevárselo él aprovechó, esta vez sí, sus descargas emocionales para terminar de destrozarlo por fuera; golpe tras golpe; los faros, el capó, las puertas. No he logrado entender nunca por qué maltrató el interior del vehículo de aquella manera, pero estaba claro que no pasaba por su mejor momento. Se encontraba en plena adolescencia y si esto ya es bastante complicado en un chico *neurotípico*, que podíamos hacer con un chico Asperger al que no entendíamos en absoluto. Vivir en el campo le beneficiaba, disponía de más espacio y libertad de movimientos. A veces subía al chalet de los abuelos paternos a jugar un ratito al frontenis, o se montaba cabañas en un cuarto que hay en el exterior y eso nos favorecía por el hecho de tener largos momentos en los que estábamos uno lejos del otro, pero en cuanto entraba en casa los conflictos continuaban. Sus demandas y exigencias no eran contestadas a su gusto y esto le trastornaba de tal manera que sus respuestas a mis negativas únicamente lograban introducirnos en una especie de fosa oscura desde donde cada vez costaba más salir.

Comenzó también por entonces a acudir a clases de tenis con bastante entusiasmo, a veces iba a recogerlo un rato antes de que terminara. Cuando llegaba, su profesor estaba explicando los ejercicios. Yo me esforzaba por escuchar con atención sus instrucciones, por si Ian necesitaba después alguna definición extra. Pero él los entendía sin dificultad, hecho que me sorprendía gratamente pues, en realidad era yo quien me hacía un lío con todas aquellas pautas. El problema radicaba en la falta de esfuerzo por su parte en correr para darle a la pelota. Aquel año le había tocado en un grupo de adultos que al final de curso fueron diversificados a grupos diferentes, cada uno dentro del nivel que tuviera. Por su falta de entusiasmo en el esfuerzo físico, a él le destinaron a formar parte de un grupo de niños pequeños, cuya edad estaba entre los siete y los doce años. No había un nuevo grupo primerizo de adultos y los chicos de su edad hacía años que iban a tenis, por lo que jugaban casi como el profesor. Su nuevo grupo no le terminó de gustar y perdió la motivación por ir, borrándose de las clases a los pocos meses. A veces sube a la pista de tenis de los abuelos, pero no aguanta el juego más de diez minutos seguidos. Le pega bien a la pelota y tiene mucha fuerza en los golpes, sin embargo, tropieza una y otra vez con la tremenda desgana que le produce el esfuerzo físico. Tal vez ahora que conocemos las pautas adecuadas para ayudarlo, pudiéramos buscar alguna estrategia mediante temporizador para marcarle el tiempo de juego, escribirle alguna historia social que le indique que el tenis requiere un gran esfuerzo físico si se quiere llegar a conseguir algo positivo de ese deporte, y explicarle por escrito, con un script social, cual es la función de un tenista, pudiendo así ayudarlo de alguna manera...

* * *

Ian se acercaba ya a los dieciséis años y mi capacidad de aguante tocaba a su fin. Su agresividad era insoportable. Sus fuertes y continuos estallidos por cualquier cosa habían terminado por superarme.

A pesar de lo estudiado y aprendido, de los cursos y terapias utilizadas, había una realidad evidente. Su agresividad seguía creciendo, y fui consciente del fracaso de mi esperanza hasta el punto de sentir dolor. Ya no

me quedaban fuerzas. Me había caído y levantado ¡tantas veces! Se había derramado tanto esfuerzo buscando respuestas sin encontrarlas que ¡ya no podía más! Trece años de sufrimientos, de torturas emocionales, de amarguras perpetuas habían sido demasiados. Para él y para nosotros. Hasta entonces, siempre había podido encontrar un hueco por el que escapar del abismo al que las circunstancias pretendían arrojarnos, pero en aquel momento no hallaba ninguno. A pesar de mi derrota, seguía buscando con desesperación algo que me ayudara a mantenerme a flote; necesitaba vomitar, de alguna manera, lo que me estaba ahogando y escribí este poema como vía de escape, donde se aprecia la situación anímica en la que me encontraba.

*La montaña mira altiva mi semblante
a través de los cristales rotos de mi corazón.*

*Busco el unguento que calme mi dolor
¡y no lo encuentro!*

*Cada mañana despego mi desaliento de la almohada
donde he olvidado mi vida,
soñando con un diluvio de paz
que alivie mi mente.*

*Pero la luz del día me dice que no es verdad,
que la angustia anida cobijada en mis recuerdos.*

*Miro sus ojos, y un océano en tempestad
destroza mi alma, clavándome el arpón
de su veneno.*

¡No puedo respirar!

El aire se ha vuelto tan... espeso.

Me pregunto, una y otra vez ¡¿por qué?!...

¿Por qué el esfuerzo se derrumba?

¿Por qué es inútil la perseverancia en el intento?

*¿Por qué la violencia desmedida en sus palabras,
en sus gestos?*

*La desesperación me acecha tras la esquina
abalanzándose sobre mi pecho desgarrado.*

Veo mis fuerzas alejarse mirando al suelo.

*Veo la muerte acercarse, como un bálsamo
para mi sufrimiento.*

Afortunadamente, dos semanas después conocimos a M^a José Navarro, quien no pudo llegar a nuestras vidas en un momento más oportuno, pero en aquel momento me quería morir, había tocado fondo y no encontraba el más mínimo rayo de luz al que poder agarrarme. Con todo el dolor de mi corazón le dije a mi marido que tendríamos que valorar el hecho de buscar un lugar donde internarlo, pues su agresividad empezaba a dar pavor.